

—Poco importantes.

—¿Cuál es la primera?

—Que sereis mudo como una piedra.

—Concedida.

—La segunda, que María Ana venga á Elven.

—Yo no puedo traerla.

—No exijo tanto. Tengo bastante con que no la impidais venir. Sois uno de los amigos de la casa.

El señor Lesguidou tenia inflexiones de voz terribles.

Pronunció estas últimas palabras como silba una serpiente.

Michaud estaba aterrado, creyéndose comprometido en un mal negocio.

Si los Kerandal, en cuya casa se le veia frecuentemente, habia cometido un crimen con ocasion de un robo, su amistad perjudicaba á su buen nombre,

Michaud sabia conducir su caballo mejor que dirigir una intriga.

Por lo mismo que le conocia, á nadie temia tanto como á Lesguidou.

El señor Lesguidou comprendió el efecto que habia producido en Michaud su revelación.

Y para tranquilizarle, le dijo que se le presentaba una buena ocasion de ganar las charreteras de oficial contribuyendo al descubrimiento de aquel crimen.

Michaud era esclavo de su deber, pero aquella vez su

deber le pareció odioso, dadas las relaciones que mantenía con la familia Kerandal.

—Terminada la comida, el señor Lesguidou pidió la cuenta, la pagó y se dispuso á continuar su camino.

Al salir de Elven vió á Juana que se paseaba por una calle de árboles, del único paseo que tiene el pueblo y la saludó cortésmente.

Una hora despues se separaban el señor Lesguidou y Michaud en una bifurcacion del camino, para dirigirse el primero á Melestroit, y el segundo á Penhoet.

— Buenas tardes, dijo Lesguidou á Michaud, y cnidado con la lengua.

Michaud dió la mano á Lesguidou, pero no se la estrechó como tenia de costumbre.

XXVI.

Confidencias

Berta Richard á Nicolasa Fonterose:

«He leído tu última carta, querida Nicolasa, y por ello veo que no has comblado en nada. Eres siempre romántica. En el país fantástico en que habitas no es posible contener las alas de la imaginacion. Tú eres la poesía, yo soy la prosa. Y si es un defecto en una mujer ser demasiado prosáica, la culpa de este defecto la tiene mi marido. No hay hombre más positivis-

ta. Y, sin embargo, no es un hombre que aburre. Despues de ocho horas de trabajo material, de hacer asientos en su libro mayor, de examinar balances y de girar letras, vuelve á su casa con la sonrisa en los labios y se pasa toda la noche á mi lado meciendo la cuna de nuestra hija Carlota, que duerme el sueño de los ángeles. Rara vez vamos al teatro, y á reuniones de sociedad, mas rara vez todavia, y cuando vamos, al teatro, y á reuniones de sociedad, mas rara vez todavia, y cuando vamos, no es á las reuniones de la alta sociedad, sino de la alta banca, menos brillante pero mas sólida y menos expuesta á ciertos peligros.

»Voy á regañarte

»¿Qué pasion extravagante es esa que empieza á germinar en tu corazon? Piensa que eres rica; piensa que tienes un apellido ilustre, y no te expongas á ser blanco de la crítica. ¿Con qué cara te presentarías en ninguna parte cogida del brazo de un hombre enteramente desconocido?

»Hay, querida mia, imposibilidades, á las cuales en una nacion civilizada, es preciso someterse. Me parece bien tu testamento. Al fin los Kerandal son tus parientes, y por lo tanto deben ser tus herederos. Pero tengo la esperanza de que los enterrarás. Por este, el mejor medio de demostrarles tu generosidad sería cederles, antes de casarte, la suficiente cantidad de terreno para constituirles una pequeña fortu-

na, con la cual pudieran vivir, añadiendo á esta donacion veinte ó treinta mil francos en concepto de dote para tu prima.

»Te hablo como un hombre de negocios.

»Al fin soy hija de un notario y mujer de un banquero.

»Estas esplendideces no disminuirían tu fortuna que, segun me dice mi marido, ha aumentado tu madre considerablemente con sus economías.

»Te he querido siempre y me intereso por tí. Pero como eres millonaria, al mismo tiempo que hermosa, debes vivir prevenida. Si, antes de casarte, deseas conocer á fondo la historia de tu futuro, dímelo, y mi marido hará las averiguaciones necesarias, con el mismo sigilo que si se tratara de nuestra hija.

»Yo he tenido buena eleccion, y quisiera verte tan dichosa como yo.

»Se debe desconfiar de los hombres, y, sobre todo, de los hombres de la alta sociedad como Roger de Ambarés.

»Recibe nn abrazo y un beso de tu invariable amiga.

»BERTA»

Nicolasa de Fonterose á Berta Richard

»Tu carta me ha causado mucho bien. Hablas como un oráculo. Tal vez te escucharé. ¡Si pudieras leer en el fondo de mi alma! Navego en un mar de indeci-

siones. Soy mayor de edad hace dos días. Esta mañana he rehecho mi testamento y he ido yo misma á llevárselo al rector de Penhoet, encerrado en un sobre que dice: *Para abrirle despues de mi muerte*. Me he quedado con una copia de él.

»El señor rector estaba cuidando su jardin.

»Es su ocupacion favorita, mejor dicho, no tiene otra cosa en que pensar ¡Dichoso él!

»Me miró con ojos asombrados y me dijo:

—¿Pensais ya en la muerte, hija mía?

—No, señor, le contesté, pero pienso en que alguna vez he de morirme.

—Entonces, no me explico vuestro apresuramiento para testar.

—¿Quién puede responder del porvenir?

—Es verdad. El porvenir está en manos de Dios.

»Y levantando los ojos al cielo, añadió:

—Puesto que es vuestra voluntad, voy á guardar este pliego en sitio seguro.

»Dejo en mi testamento al señor rector mil quinientas libras de renta.

»Es una fortuna para un pobre cura que vive en este rincon del mundo que se llama Morbihan.

»Dentro de unos días pondré en práctica tus consejos.

»Compraré doscientas fanegas de tierra en los alrededores de Penhoet para regalárselas á los Kerandal, con cien mil francos para dote de Santa.

»Si mi padre hubiera hecho esto, no nos odiarian los Kerandal.

»Al regresar ayer de Penhoet me encontré de manos á boca con el capitán Estrelles.

»Se me figura, por lo á menudo que va á Penhoet, que trata de hacer la corte á Santa, aunque él dice que su único objeto es tomar vista del país.

—¿Sois aficionado al dibujo de paisaje? le preguntó viendo uno de sus croquis. ¿Quién es esta jóven asomada á una ventana?

»El me respondió sin turbarse.

—Cualquiera y ninguna.

»Cuando íbamos á separarnos, uno de los tres hermanos Kerandal, el mas terrible, atravesó el camino por delante nosotros.

»No sé á cuál de los dos nos miró á hurtadillas. Supongo que fué al capitán, cuyas visitas á Penhoet no podrán menos de haberle llamado la atencion.

»Pero te aseguro que su mirada me hizo temblar.

—¿Dónde he conocido yo á ese hombre? se preguntó Estrelles dándose un golpe en la frente. ¡Ah! Ya recuerdo... Ha sido en la guerra.

—¿En qué sitio? le pregunté yo.

—En el Este. Yo tenia entonces diez y nueve años. Acababa de salir del colegio y era ayudante del general D'Orvilliers, que mandaba la brigada en que servia vuestro padre.

»El capitán se quedó **pensativo** mirándome de una manera que me llamó la **atención**.

—»¿En qué pensais? le dije despues de una breve pausa.

—»¿En nada, me contestó?

»Y cambió de conversacion.

»Yo quise insistir, pero **en** aquel momento llegaron Máximo de Presle y Roger.

—»Os buscábamos, me dijo mi futuro.

»Máximo de Presle es un **hombre** de mucho talento, pero tan sarcástico, que **acaba** por disgustar.

»¿Qué educación reciben, ó en qué sitios viven los hombres de París que se **burlan** de todo?

»Hemos paseado muchas **veces** juntos.

»No cree en Dios, porque **no** le ha visto, ni en el diablo, ni en el amor **sincero** y desinteresado.

»Tiene el alma **completamente** árida.

»Cualquiera diria que **se** ha impuesto la mision de hacerme odiosos á los **hombres** de París.

»Todos estamos formados **por** el mismo modelo, me dijo ayer. Esto depende **del aire** que se respira en los círculos, en los teatros y **en los** boulevares.

»Le hice algunas **preguntas** acerca de su amigo íntimo.

»He aquí lo que me **contestó**:

—»No me preguntéis **nada** de Roger, porque á pesar de quererle tanto, **soy tan** hipocondríaco y tan misántropo que hablaría **mal** de mí mismo. Mi tes-

timonio por otra parte, dadas las relaciones que nos unen desde la infancia, no tendria valor alguno.

»Esto me pareció lógico.

»Ayer, al volver de paseo, me parecia Roger mas preocupado que de costumbre.

—»¿Qué teneis? le pregunté.

—»Temo no agradaros.

—»¿En qué motivo os fundais?

—»En ninguno. Sólo sé que teneis mi porvenir entre vuestras manos. Una palabra vuestra puede hacerme feliz ó desgraciado; darmela vida ó sentenciarme á muerte.

—»¿Qué romántico estais hoy! exclamé:

»Empezaba á anochecer.

»Estábamos solos en una de las calles de árboles mas solitarias del parque.

»El timbre de su voz me conmovió por primera vez.

»Sin embargo, estoy segura de que no le amo me interesa, pero no me atrae.

—»¿Sois sincero? le pregunté despues de una larga pausa. ¿Puedo creer vuestras protestas de amor?

»Debe ser un actor consumado, porque hubo un momento en que me hizo creer en su desesperacion.

»Te doy gracias por sus consejos. Gracias á ellos puedo defenderme de su elocuencia arrebatadora. Su discurso duró lo menos veinte minutos.

»No interrumpes el torrente de su discurso ni para hacer una exclamacion.

»Se me figuraba que estaba leyendo una novela.

—»Me habeis prometido que tomariais una resolucion, me dijo descendiendo de las alturas para volver al mundo práctico ¿Cuándo me dareis vuestra respuesta? ¿No comprendéis la ansiedad con que la espero? Estar tan cerca de vos, veros todos los días, hablaros, adoraros, como os adoro, y no saber si al fin tendreis piedad de mí, es un tormento superior á mis fuerzas.

—»Dentro de unos días os cumpliré mi palabra. No quiero haceros sufrir.

—»No os burleis de mí.

—»Volvamos al castillo, le contesté. Ya es tarde y tengo que vestirme para comer.

»Me dió el brazo y nos dirigimos al castillo.

»Cuanto mas le estudio, me convenzo mas de que tiene cualidades y profesa principios que justifican la eleccion de mi madre.

»Pero no sé por qué presiento que está representando una comedia.

»Si fuera realmente lo que parece, sería un hombre perfecto, y no hay hombres perfectos.

»¿Será verdad que el amor ciega hasta el punto de cambiar los defectos de la persona amada en perfecciones, y sus vicios en virtudes?

»Me ha exigido palabra de que le acompañaria á visitar la torre de Elven, que es uno de los monumentos mas curiosos del país.

»La comida ha sido por todo extremo alegre.

»Me cuesta trabajo reconocer mi convento de Santa Gilda.

»Mi institutriz tambien está desconocida.

»Hasta tiene rasgos de ingenio.

»El general la ha trastornado el juicio.

»La vizcondesa de Revilly coquetea con el Conde de Presle.

»La baronesa de Fontrailles se halla aislada, y ya nos ha anunciado su próxima partida.

»El amor es una necesidad para esta clase de mujeres, y donde no le encuentran, se aburren.

»El capitán no piensa mas que en su conquista de Penhœt.

»Por Binic he sabido que proyecta una expedicion nocturna, y me he creido en el deber de recomendar á Corentin, á quien veo frecuentemente, que vele por su hermana.

»Se me figura que con la intuicion de los enamorados adivina los sitios por donde paso, y nos encontramos todos los días.

»Con lo que le he dicho, tiene bastante para suponer el peligro que amenaza á Santa.

»Lo demás corre de su cuenta.

»Si conociéras á Corentin, comprenderías lo fácil que sería hacer de él un hombre *Comme il faut*.

»Por primera vez he tenido con él una conferencia íntima y larga, sin mas testigos que las rocas de

las landas y los pájaros que cantaban en los árboles.

»Le he hablado como amigo y pariente.

»El no me dijo ninguna de las ternezas que tienen á todas horas en los labios los hombres de París.

»Pero se expresó con una sencillez encantadora.

»Es muy tarde y concluyo aquí.

»Gracias por tus consejos. Escribeme. Nadie me quiere verdaderamente mas que tú, y tengo en tí una absoluta confianza.

»Recibe un beso y dá otro en mi nombre á tu hija.

»NICOLASA

»P. D. Un apretón de manos al Fénix de los esposos.»

Berta Richard á Nicolasa de Fonterose.

«Se me figura que tu corazón está mas enfermo de lo que tú misma crees. ¿Quieres un consejo? No tomes ningun partido. Espera. Hay en Jorge Sand un tipo admirable que te recomiendo.

»Este tipo es la señorita Mauprat.

»Está enamorada, como tú, de uno de sus parientes, muy parecido á tu primo Coentín. Se llama Bernard. Pero antes de entregarse á él, le sujeta á una prueba de siete años.

»Este plazo te parecerá excesivamente largo, pero

yo, en tu lugar, lo aceptaría, para asegurarme de las cualidades y de los sentimientos de mi futuro.

»Jorge me ha hablado de Ambares esta mañana almorzando, para preguntarme si te casabas con él al fin. Le he contestado que nada habeis resuelto todavía, y que le consultarias tú misma sobre el particular.

»Como mi marido es la discreción personificada, no ha añadido una palabra mas, cambiando de conversacion.

»Adios, querida Nicolasa.

»Te quiere con toda su alma

»BERTA.»

XXVII.

En que el capitán de dragones lleva á cabo sus planes.

Desde la llegada de Cláudio Kerandal á Penhoet, la salud de su madre empezó á mejorar y su corazón á despejarse.

Cláudio habia sido siempre su hijo favorito, por el contraste que formaba su dulzura con la ferocidad de sus hermanos.

Hablando de él, decia que era una oveja nacida en una cueva de lobos.

Cláudio pasaba la mayor parte del día acompañando á su madre.

Juan le explicó la enfermedad que padecía; pero no le reveló su causa.

Cuando salían de paseo juntos, Cláudio quiso llevarla alguna vez hácia las lagunas de Santa Gilda, pero ella se negó siempre, á pretexto de la distancia.

Tampoco consiguió nunca que Santa les acompañara en sus expediciones

Santa le decía que no era aficionada á pasear.

Corentin y Jacobo continuaban haciendo la misma vida de siempre.

Cláudio no contaba para nada con ellos.

Era la época de la siembra.

Extraño á las pasiones turbulentas, á las ambiciones y á los amores salvajes de sus hermanos, Ibo estaba consagrado exclusivamente á sus faenas agrícolas y al amor de Catalina.

El baron de Kerandal la habia prometido darla su nombre en cuanto Santa se casara.

El capitán escribía todos los días á Santa y el veneno de su amor se habia filtrado lentamente en su corazón.

Llegó la víspera del día del perdón de Elven.

Era sábado.

María Ana y Juan habian ido á dar un paseo al jardín del rector.

Cláudio estaba en Elven, Ibo labrando sus tierras y Jacobo y Corentin merodeando por el bosque.

Santa se quedó sola.

Quiso leer para entretener el tiempo y no pudo.

Al menor ruido que oía se asomaba á la ventana, como si esperase á alguien.

Esperaba al capitán que le habia escrito una carta diciéndole:

«Mi licencia va á cumplir y antes de abandonar á Bretaña necesito veros para deciros cuánto os amo y juraros que no amaré nunca á otra mujer que á vos.»

A fuerza de leer la carta de Estrelles, Santa acabó por aprendérsela de memoria.

Soñó que iría aquel día á verla y le esperaba.

Resonó por fin el galopar de un caballo.

Era el capitán.

—¡Vos aquí! exclamó Santa desde la ventana.

—Sí. No quiero entrar porque no quiero comprometeros. Algun curioso pudiera observarnos. ¿Me amais?

—¡Quereis perderme! balbuceó Santa.

—Por amor no se pierde nadie, repuso vivamente el capitán. Necesito veros á solas un momento, cuando nadie pueda interrumpirnos.

—Mi madre está siempre en casa.

—¡No me amais! exclamó Estrelles.

—¿Me amareis siempre?

—Siempre.

—Venid esta noche á las diez. Os esperaré en el jardín. Ahora volved á Santa Gilda. Creo que he oido ruido. Es mi madre que vuelve. Partid.

—Hasta la noche, dijo el capitán alejándose.
Santa le siguió con los ojos hasta perderle de vista.

XXVIII.

Vista de lince

Corentin también parecía más satisfecho desde la llegada de Cláudio, y si bien se pasaba el día en el bosque, no debía pasarle cazando, porque se dejaba en Penhoet la canana y la escopeta.

Pero si su fisonomía se había transformado, su corazón estaba más sombrío que nunca.

No se atrevía á creer en la felicidad que le prometían las palabras de Nicolasa.

Antes de la entrevista que tuvo con ella en la Piedra de las Hadas, solo le inspiraba una pasión feroz, mezclada con impulsos de cólera y deseos de venganza.

Después, la esperanza de poseerla, le atormentaba tanto como el recuerdo de las ofensas que había recibido de su familia.

Además; aunque sabía que Nicolasa no amaba á Roger, tenía celos de Ambares.

¡Si se naciera dos veces! se decía.

Corentin hubiera seguido en tal caso otro camino.

Tanto como había criticado á Cláudio por su amor al estudio, le envidiaba ahora.

Pero si Corentin estaba transformado, Jacobo no tenía las mismas razones para sufrir igual metamorfosis.

Era un Breton irreconciliable con el tiempo en que había nacido.

Para él, la guerra estaba declarada irremisiblemente entre Santa Gilda y Penhoet, entre los Fonterose y los Kerandal y no se dejaba alucinar por vanas esperanzas.

Desde su conversación con Corentin, al lado de la chimenea de Penhoet, esperaba impacientemente las órdenes de su hermano para obrar de una manera resuelta.

Pero el largo silencio de Corentin acabó por alarmarle, con el temor de que hubiera cambiado de ideas y de sentimientos.

Asistió á su entrevista con Nicolasa en la Piedra de las Hadas.

No oyó nada, pero adivinó una parte de lo que se dijeron.

Y el odio mortal que profesaba á todos los Fonterose por su desdén, su hostilidad á los Kerandal y su avaricia, se agravó con el odio que le inspiraba Nicolasa por haber desarmado el brazo de su hermano.

Era preciso que aquella situación tuviese un término favorable ó adverso para los Kerandal.

Había llegado el momento de jugar la última carta.

En todo caso, bien valia su vida la fortuna de los Fonterose.

Despues de oir la conversacion de Lesguidou y Michaud, hizo un último esfuerzo para decidir á Corentin á la ejecucion de un proyecto que las imprudencias de la señorita de Fonterose hacia fácil.

Esperó nuevamente las órdenes de Corentin, pero esperó en vano.

Y siguió espiándole.

Aquel día, mientras el capitán hablaba con Santa, arrancándole la promesa de esperarle de noche en el jardín, estaba de acecho, como de costumbre, en el camino de Penhoet á Santa Gilda.

Sintió el galopar de un caballo y se ocultó detrás del tronco de un árbol.

¿Sería la señorita de Fonterose que iba á celebrar una nueva entrevista con Corentin?

¡Desgraciada de ella entonces!

El caballo pasó al fin por delante de él, y reconociendo al jinete, aunque iba vestido de paisano, murmuró:

—Es el capitán.

¿A qué habia ido á Penhoet?

Jacobo lo adivinó.

El capitán no podia ir á Penhoet mas que atraido por la hermosura de Santa.

Adivinó mas.

Adivinó que la tristeza de Santa no podia tener otra causa.

En cuanto perdió de vista al capitán, abandonó su escondite para dirigirse á Penhoet.

Una vez en Penhoet, subió al cuarto de su hermana. Santa le presentó la frente para que se la besara como hacia siempre.

—¿Estás sola? le preguntó Jacobo.

—Ya lo ves.

—¿Por qué no has salido con nuestramadre? La servirias de compañía y te distraerias tú.

—La ha acompañado Juan. Han ido á pasear al jardín del señor rector.

—¿Están allí todavía?

—No. Habrán ido al bosque. El día es bueno y lo aprovechan.

—¿Y tú, qué has hecho mientras tanto?

—Trabajar... Leer...

—¡Trabajar! ¿Y en qué has trabajado?

—Mañana es el perdon de Elven, y he preparado mi mejor vestido para asistir á la fiesta. Quiero estar muy hermosa.

—¿Por quién? ¿Por Michaud?

—Ya sabes que no.

—¿Tal vez por alguno de los caballeros que se hospedan en Santa Gilda?

—Una pobre muchacha como yo no puede aspirar á tanto.

—¡Quién sabe! Alguno de ellos viene con demasiada frecuencia á Penhoet.

- ¿Quién te lo ha dicho?
- ¿Soy yo ciego?
- ¡Ah!
- Ahora mismo le he visto. ¿Y tú?
- Creo que sí... á lo lejos... muy á lo lejos.
- Iba á caballo.
- Sí, á caballo. Creo que viene á tomar vistas del país.
- Debe ser incómodo dibujar á caballo,
- Como es militar estará acostumbrado.
- ¡Ah! ¿Es militar?
- Su aspecto lo revela claramente. Su semblante tostado por el sol, sus largos bigotes...
- ¿Le conoces?
- ¿Dónde quieres que le haya conocido? Pero cualquiera diría que nos interesa cuando tanto hablamos de él.
- Tienes razon, Santa, repuso Jacobo. Olvidémosle.
- Y al despedirse de se hermana, murmuró tristemente.
- ¡Pobre hermana mía! Tu turbacion te ha vendido. Yo velaré por tí.

XXIX.

La torre de Elven.

En la posada de *El Condestable* no habia ocurrido durante este tiempo nada que merezca mencion especial.

Juana se habia granjeado el afecto de la señora Jacut, y especialmente de Marta Causac, que se hubiera dejado hacer pedazos por ella.

En cuanto á Juana, las comodidades y el trato de la posada la dejaban mucho que desear; pero gracias á las atenciones de la señora Jacut y de Marta, estaba contenta, pasando sus horas de soledad con los ojos clavados en el castillo de Santa Gilda, que se veia distintamente desde las ventanas de la habitacion que ocupaba.

Allí se estaba decidiendo su destino y ella no hacia nada para contrariarle.

De París le enviaron la carta de Roger.

La leyó indiferentemente.

No podia ya creer en sus promesas.

Tambien en el alma de Juana se habia operado un cambio singular.

De débil que era, se habia hecho fuerte y capaz de todos los sacrificios y de todas las abnegaciones,